

MEDIOS LARGOS Y VISTA CORTA

En agosto de 1847, momento crucial de la guerra entre Estados Unidos y México, el periódico *The Sun* de Nueva York fue más agresivo que la Casa Blanca: introdujo en la opinión pública norteamericana la fiebre de la anexión de México a los Estados Unidos. Veinticinco años más tarde, en tiempos del presidente Benito Juárez, cuando después del retiro de las tropas francesas y el fusilamiento de Maximiliano, México ensayaba una vida democrática calcada orgullosamente de los Estados Unidos, el *New York Herald* opinaba: "México no es más que el asesinato legal, un bandolerismo universal atemperado por el sufragio universal". Durante el largo período de Porfirio Díaz varios periódicos norteamericanos insistieron en la naturalidad de intervenir en el débil vecino del sur, receta que la cadena Hearst repitió con monotonía hasta fines de los años veinte. Nunca faltaron, desde luego, órganos como *The Nation*, donde Ernest Gruening y Frank Tannenbaum explicaron que la revolución mexicana no era un *western*; pero en términos generales aquella prensa fue un reflejo fiel de la actitud de los gobiernos de los Estados Unidos frente a México, una actitud en la que el juicio moral —positivo o reprobatorio— y los argumentos de fuerza, han predominado sobre el espíritu de comprensión.

Lo que es importante para la prensa norteamericana es importante para Estados Unidos y consecuentemente, dado su carácter de primera potencia, para el mundo. Los principales diarios han formado o reforzado en generaciones de norteamericanos una opinión vaga, turística, y muchas veces irreal sobre México, pero su influencia ha llegado aún más lejos: la prensa ha sido protagonista decisiva en varios momentos de la historia mexicana. Mucho antes de Watergate, por ejemplo, una entrevista de Porfirio Díaz con James Creelman aparecida en el *Pearson's Magazine* a principios de 1908, tuvo el curioso efecto de precipitar la caída del antiguo régimen y encender la mecha de la Revolución. No sólo pensando en los *marines*, los banqueros de Wall Street o los petroleros texanos, Porfirio Díaz llegó a exclamar alguna vez: "Pobre México, tan lejos de Dios, tan cerca de los Estados Unidos". Su veredicto incluía a la prensa. ¿Han cambiado las cosas desde entonces? ¿La prensa norteamericana informa de modo responsable y objetivo, y analiza con sensibilidad e inteligencia la vida mexicana? La difícil relación entre México y Estados Unidos depende, en buena medida, de la respuesta que pueda darse a estas dos sencillas preguntas.

La tienda de verdades

Primero algunas cifras. Según una investigación cuantitativa realizada para el período 1972-1978¹, la cobertura mexi-

cana en cuatro de los diarios más prestigiados de Norteamérica (*Chicago Tribune*, *Los Angeles Times*, *New York Times* y *The Washington Post*) dejó mucho que desear. México es el tercer cliente comercial de Estados Unidos pero los dos diarios principales de la costa Este lo colocaban en el lugar número veinte de su atención con poco más del 1% del total de sus noticias. Aunque los otros dos periódicos concedían una prioridad mayor a las noticias del vecino del sur, el peso relativo de su cobertura rebasaba apenas el 3% en un total de 49 países. Es obvio que a raíz de la crisis de 1982 la periodicidad absoluta ha aumentado en esos y otros órganos, pero sigue siendo baja si se piensa en la importancia geopolítica de la vecindad. Sólo dos ejemplos: entre diciembre de 1983 y marzo de 1984 las noticias sobre México, recopiladas por ISLA* para Latinoamérica correspondieron al 7% del total, la mitad de las dedicadas a El Salvador. Por otra parte, en ese mismo período el *Journal of Commerce* norteamericano y el *Financial Times* inglés publicaron más noticias mexicanas que los otros periódicos consagrados.

El análisis temático descorazona aún más. A la prensa norteamericana le interesan los gritos, no los susurros, lo cual puede resultar muy efectivo en términos comerciales pero muy pobre en cuanto a información. Chile durante 1973 mereció cinco veces más noticias que México y esto a pesar de que 1973 fue en México un año de guerrillas y asaltos. Pero el factor determinante para la prensa es el interés del público: ningún país o ningún asunto suele ser noticia en sí mismo sino en función del interés norteamericano en ellos. ¿Quién piensa o escribe ahora en Estados Unidos sobre Haití? Nadie, porque no supone un riesgo o una oportunidad. Granada hubiese seguido en el anonimato histórico a no ser por los *marines* y sus reflectores. Todo lo cual es comprobable empíricamente. En 1974, por ejemplo, el 20% de las noticias sobre México publicadas en el *New York Times* trataron del secuestro de un vicecónsul norteamericano. Entre 1972 y 1978, los cuatro diarios citados concentraron más del 60% de su atención en problemas de contrabando de drogas, trato a turistas en las carreteras mexicanas, maltrato a prisioneros norteamericanos e inmigración ilegal, y sólo un 15% en aspectos no violentos de la vida en México.

Aunque la crisis ha vuelto las miradas hacia México, el problema económico amenaza con nublar el panorama. Desde fines de 1983 hasta abril del presente año el 16% de los artículos y noticias computados por ISLA abordan asuntos relacionados de una u otra forma con la capacidad de pago mexicana, otro 30% corresponde a los vaivenes de la política interna y exterior, y un pobre 9% a la vida social en

* Information Services on Latinamerica. Oakland, California.

el campo y la ciudad. Esta distribución temática no sería tan grave si no se concentrara, a su vez, en cinco puntos importantes pero que no deberían ser excluyentes: comercio e inversiones, deuda, petróleo, relaciones bilaterales y corrupción. Los cuatro primeros son de un interés inmediato para Norteamérica y el quinto es noticia no por su sentido interno sino por su carácter de escándalo: Arturo Durazo ha llegado a las páginas del *New York Times* con los mismos merecimientos —aunque con una fortuna mayor— que Al Capone.

El tratamiento de la prensa norteamericana a estos temas preferentes, sobre todo el del *Wall Street Journal* y el *New York Times* —con Alan Riding a la cabeza— ha sido, en términos generales, detallado, objetivo y atento. Del *Washington Post* no puede decirse lo mismo porque su indiferencia hacia México sólo desaparece cuando uno de sus columnistas trata de provocar a un Presidente. Pero en todo caso, no sólo de deuda, petróleo, comercio y corrupción vive México. Si el lector norteamericano busca conocer otros aspectos del país lo más sabio puede ser acudir al *Financial Times*. Su distribución temática parece más equilibrada. Durante el mismo período dedicó un espacio predominante a la vida económica —no sólo a la situación financiera— de México: artículos sobre economía estatal no petrolera, reportajes sobre problemas de inflación, obreros, empleo, etc... En vez de dejarse llevar por lo aparatoso el *FT* —y esto, lo juro, no es un comercial— pone la mira en intersticios decisivos, como el precio de las tortillas, por ejemplo. Mientras que el *NYT* y el *WSJ* se concentraron en problemas macroeconómicos, el *FT* publicó no menos de cinco artículos sobre el sector privado mexicano incluyendo un rastreo detallado de la reprivatización de las empresas nacionalizadas. La débil cobertura de estos temas en Estados Unidos distorsiona la realidad: parecería que México viviese ya en una economía enteramente planificada donde el único balance que vale es el estatal.

"Balance" es la palabra justa. Un periodismo "contable" cuya principal misión es dar elementos al lector norteamericano —sobre todo al hombre de negocios— para evaluar los riesgos u oportunidades "al sur del Río Grande". Las noticias pasan por el prisma de los intereses creados —mercantiles, políticos— y al salir arrojan un haz limitado que no corresponde a la compleja realidad. Las corrientes profundas de la vida mexicana pasan de noche y a ciegas: los campesinos, la familia, la cultura, los conflictos regionales, la religión, la fiesta, las tradiciones, las llagas históricas etc... Ni siquiera un tema crucial para Estados Unidos ha merecido mayor atención: el tema del nacionalismo.

Resultado: un conocimiento fragmentario. El lector se entera de cifras y hechos recientes, de declaraciones importantes y sucesos escandalosos. Pero su conocimiento vital de México —aquella noticia que no es la del día anterior sino la que secretamente se ha ido urdiendo por períodos más largos— resulta pobre. Es como querer conocer a una compañía con sólo ver sus balances, o a veces sólo sus pasivos, ignorando que una compañía es mucho más que sus números y que un país no es una compañía.

Se pueden señalar estas y otras limitaciones temáticas en el periodismo norteamericano sobre México pero no dudar de su profesionalismo. El lector mexicano cansado de la amarilla retórica de su prensa, acude a los diarios norteamericanos en busca desesperada de datos empíricos, más escasos en México que los dólares. Si en el norte el periodismo se

reduce a la contabilidad, en el sur se le confunde con la oratoria.

Parte de esta oratoria insiste en culpar de manipulación a las agencias y órganos informativos norteamericanos. Según esta versión, un periodista del *New York Times* es un demiurgo que prepara con malévola precisión sus brebajes noticiosos deformando los textos con subtextos que engañan al indefenso lector. Por mi parte, creo que los pecados de la prensa norteamericana son menos recónditos. Por lo general hay veracidad en su cobertura, prenda importante pero no suficiente. El problema no es sólo la precisión de lo que se escribe sino la importancia de lo que se omite.

"El estilo es el hombre". ¿Qué decir del estilo noticioso en Norteamérica? Pienso, por ejemplo, en una "cover story" de *Time* o *Newsweek*, especie de collage en que las noticias y los hechos van de brinco en brinco atrayendo la atención del lector con párrafos breves, frases ingeniosas, citas epigramáticas en que los entrevistados opinan justamente lo que el reportero estaba esperando: procesadores de citas. Este estilo informativo y ligero tiene un aire de inmediatez y vivacidad, la virtud casi mágica de colocar al lector *in situ*, pero no resiste la prueba de fuego: la de la permanencia. Luego de leer un reportaje collage es difícil retener una idea central, una estructura analítica. Periodismo evanescente. Si a esto se agrega, como en México, que los entrevistados suelen ser, con muy honrosas excepciones, académicos propensos a la ideologización de la realidad —expertos en el movimiento obrero que jamás han visto un obrero— el reportaje puede introducir elementos serios de distorsión.

Se trata, en suma, de una cobertura escasa en su periodicidad, estrecha en sus temas, que incurre más en la superficialidad que en la inexactitud. El fondo del problema es múltiple: uno de sus orígenes es la propia cultura académica en Norteamérica y en particular el predominio excesivo del funcionalismo; otro es el carácter parroquial de los Estados Unidos, la manía de ver al mundo como un autorreflejo, esa incapacidad o desinterés por reconocer otras culturas y países en sus propios términos. Y claro, permeando tanto el estilo como la prioridad noticiosa, está la naturaleza mercantil de casi toda prensa. Hace más de cincuenta años, en su libro *America: A dutch historian's vision from afar and near*, Johan Huizinga lo expresó casi con crueldad:

"Es la tienda de verdades", dice el vocador en su puesto de periódicos cuando se le reprocha el carácter mercantil de su producto. ¿Es verdad? ¿Es tan simple y claro este espejo de la cultura? ¿O será, más bien, que este acto de dar a la realidad forma simbólica —mediante efectos románticos y pintorescos— para que todo el mundo la entienda y se interese en ella, no representa sino una mentira enorme, horriblemente animada y vulgar?

El ABC de la incompreensión

Si un periodista desea aprender en un curso rápido de una hora todo lo que debe hacerse para no entender a México recomendando ampliamente el programa de la cadena ABC: *México: Times of crisis*.

Se comienza por fabricar una historia (story) con todos los visos de sensacionalismo. ¿Y qué más sensacional que el apocalipsis? Con esa idea rectora se visita el pueblo de Monte Líbano en el Estado de Chiapas, al sur de México y en la frontera con Guatemala. Ha ocurrido un conflicto de tierras. Ha habido balazos y muertos. La gente está inquieta.



El reportero recuerda que Zapata y Villa lucharon por la distribución de tierras y pregunta a un campesino:

—¿Le gustaría ver otra Revolución?

—Sí. Quizá es el único camino.

El reportero concluye: "muchos, como sus vecinos en Centroamérica, piensan que es tiempo para el cambio político".

Perfecta mistificación: la realidad no es siempre apocalíptica, pero ¿quién puede enterarse? En el Archivo General de la Nación de la Ciudad de México descansan centenares de miles de expedientes sobre litigios de tierras ocurridos desde el Siglo XVI: cuatro siglos ininterrumpidos de problemas en todo el país que sólo excepcionalmente han derivado en una explosión nacional. Este pequeño dato podría restar fuerza dramática al episodio. Mejor omitirlo: ¿quién sabe si mañana en Monte Líbano surja un nuevo Líbano. Lo importante es ser fiel a la inexactitud y nunca consultar a la historia: porque Villa no luchó por la distribución de tierras como Zapata, del mismo modo en que el campesino entrevistado, a quien se le indujo la respuesta, no podía querer "ver una nueva Revolución" no sólo porque la Revolución Mexicana ocurrió en 1910, sino porque la Revolución apenas llegó a Chiapas donde lo característico fue, curiosamente, la contrarrevolución. El cierre es ideal: amalgamar implícita o potencialmente a la situación en Chiapas con la violencia guerrillera centroamericana es desconocer con toda precisión a Chiapas y a las guerrillas, sobre todo a las de El Salvador, cuyo liderazgo es universitario y representa, cualquiera que sean sus fines, a un sector pequeño de la población.

No termina allí la lección. El reportero ve las ciudades perdidas con ojos de un *newyorker*. No digo, por supuesto, que la miseria, el desempleo, la desnutrición, la insalubridad no sean crecientes, pero culturalmente la realidad es más complicada. La extensiva familia mexicana conserva aún formas comunales de apoyo, protección y autoempleo, invisibles para el reportero que juzga todo con valores y medi-

das aplicables a un suburbio de Detroit pero no a una cultura todavía muy cercana a lo tradicional y lo campesino.

No todo en el programa es distorsión. Aquí y allá asoman actos fallidos de objetividad: la cara oscura del auge petrolero, la pérdida de apoyo del PRI, la corrupción. Pero el aprendiz en distorsión no debe desilusionarse: le bastará con el hilo general de apocalipsis al que secundan algunos respetados y respetables profetas mexicanos que suelen respetar muy poco a la realidad: "estamos en el ojo del huracán".

La imagen final es una mujer que dice:

—Luchando... y Dios nos socorra para salir adelante.

El televidente hace una mueca de preocupación, se sirve un whisky y cambia el canal creyendo que la palabra clave de la mujer fue *luchando*. Pero era otra: *Dios*.

¿El pulso o el corazón?

En la academia norteamericana se han escrito desde hace décadas importantes análisis sobre la política contemporánea de México. Basta recordar unos cuantos nombres: Frank Tannenbaum, Frank Brandenburg, Roger Hansen, Raymond Vernon y una larga lista de investigadores que han contribuido al conocimiento de México para los norteamericanos y para los propios mexicanos. En varias universidades norteamericanas se sigue estudiando la vida mexicana pero estos análisis no llegan de modo suficiente a la prensa.

En un recorrido impresionista por los principales diarios a partir de septiembre de 1982 encontré una tipología variada. Para mi sorpresa fueron pocos los ensayos del tipo: El mayor dominó; Masduro para el comunismo, El próximo Irán. Por lo visto el Comandante Paul Gorman no tiene quien le escriba. Un género mucho más socorrido es el ensayo que evalúa y muchas veces aprueba el desempeño económico del gobierno mexicano. Un ejemplo típico es la revista *Fortuna*, que pasó de la cima: "In the grip of the mexican madness" a la cima: "The so far so good mexican recovery". Menos "contable" pero más apocalíptico fue el reportaje "México, the crisis that won't go away" aparecido en *Forbes*: A una buena interpretación del costoso populismo mexicano seguía una visión tétrica, pero eso sí, original, del futuro: "La incapacidad para manejar los recursos hidráulicos ha contribuido a la destrucción de muchas civilizaciones... México se acerca ahora al punto de un desastre hidráulico". Para el reportero de *Forbes*, México se morirá de sed y necesita con urgencia un tratamiento de país centroafricano: de esa magnitud son nuestros "horrendous problems". Tanto en su comprensión global de la crisis como en las vías de solución que propone, la revista inglesa *The Economist* ha abierto más horizontes al proponer una revolución exportadora para México, la difícil adopción del modelo asiático: que los empleos que se pierdan en Pittsburgh o Buffalo no reaparezcan en Taipei o Seul sino en Guadalajara o Monterrey.²

De mayor trascendencia es el comentario editorial donde se arriesgan opiniones y juicios del carácter más variado pero cuyo común denominador es el "maquinazo" moralista y superficial: México ha progresado, México se ha detenido, México tiene un crecimiento demográfico (o corrupción o un largo etcétera de obviedades) que ha detenido su progreso. El *Wall Street Journal* ha publicado análisis más pausados, artículos escépticos donde México aparece como peón de Cuba y el Grupo Contadora padece una condición "eté-

rea." Tampoco estos textos brillan por su imaginación. Si no se penetra en los resortes históricos del nacionalismo no se comprende la actitud internacional de México. Una mentalidad de blanco y negro es útil para jugar dominó —y para imaginar dominos— pero no, por ejemplo, para apreciar las diferencias entre el tercermundismo galopante de Echeverría, el caudillismo criollo de López Portillo y la actitud ideológicamente sobria y pragmática de De la Madrid. ¿Qué diario norteamericano ha intentado este triple retrato psicológico? Por fortuna, no todo es incompreensión y prisa evaluatoria; se han publicado también propuestas aisladas de especialistas en asuntos mexicanos que piden un cambio copernicano en las relaciones de Washington con su vecino. Son la cara amable de la prensa.³

Por último, destacan los ensayos con mayor pretensión analítica escritos por académicos, pero que aparecen sólo en revistas especializadas como *Current History* o *Foreign Policy*.⁴ En el mejor de los casos estos textos dan cuenta de las situaciones políticas y económicas con una seca objetividad funcional pero sin imaginación analógica, sin perspectiva histórica ni discusión teórica. Por lo general parten de una hipótesis: los mexicanos vivimos bajo el volcán. ¿No es más plausible la idea contraria? ¿No será que la austeridad ha tenido un extraño efecto sedante, impensable —repito— en Detroit, pero natural en una cultura estoica? Y aún si la hipótesis de estabilidad fuese inexacta: ¿el sistema varía rebasado por un conflicto social o, como ha sucedido varias veces en la historia mexicana, por una querrela política?

¿Qué falta, en definitiva, en todos estos textos, tanto en los benévolo como en los venenosos, en los coyunturales como en los más analíticos? Antes que nada comprensión histórica. No hay que invocar a Max Weber para justificarla. Nada menos que el *Wall Street Journal* nos hizo el favor en una editorial:

Los americanos —es decir, nosotros los norteamericanos— debemos entender que México es una nación con una historia seria y con una herencia seria.⁵

Existe, —explicaba otra editorial del mismo diario— una larga historia de desconocimiento. Y para probarlo involuntariamente, añadía: Muchas de las tensiones entre los dos países se originan en perspectivas históricas distintas. Los niños en Estados Unidos aprenden que la guerra de la década de 1840 que condujo a la adquisición de Texas (sic) fue parte de una expansión natural. En cambio los jóvenes mexicanos leen en sus libros de texto que los americanos les arrebataron esa tierra que constituía, en su momento, la mitad de todo su territorio.⁶

El analista norteamericano que escribe en la prensa diaria podría argüir que estos asuntos no son de su competencia sino de un historiador, que su obligación es informar o comentar el pulso diario. Por desgracia, el pulso no es el corazón; y el corazón, muchas veces, está en el pasado. Las finanzas de un país se prestan a un tratamiento contable, pero su vida no se entiende sin la historia.

Bien vista, la incompreensión de la historia es sólo una parte de una incompreensión más amplia: la cultural. Cuando España conquistó América no faltó el soldado, el misionero o el funcionario (como Bernal Díaz del Castillo, Sahagún o el propio Hernán Cortés) que viajase por el territorio y buscara entender y explicar una cultura extraña a través de la crónica. Estados Unidos, en cambio, sólo alternó —con excepciones— la diplomacia del *big stick* con la del *dollar*. Era difícil que hombres con la divisa "the business of Ame-



rica is business" tuvieran el más mínimo interés antropológico en sus áreas de influencia, así fuese para sacar mejor provecho de ellas. Esta incapacidad para entender los valores éticos, estéticos, religiosos etc. de otras culturas, este etnocentrismo norteamericano, ha sido causa directa de muchos malos pasos en política exterior. Una prensa culturalmente sensible pudo haberlos evitado.

Un tema casi escandaloso de incompreensión, tan válido en 1914 como en 1984, es el nacionalismo. Quizá por su reciente origen histórico, su pluralidad étnica y cultural, por su viejo *stbos* protestante o su disposición geográfica, Estados Unidos es un país de alguna forma ajeno a la mentalidad nacionalista: ni las viejas querellas europeas, ni la insularidad inglesa o japonesa, ni la paranoia o el paneslavismo ruso. Un país de individuos. Pero es el caso que en América Latina, como en casi todo el mundo, Nietzsche tuvo más razón que Marx o Bentham y los verdaderos conflictos nacen de la lucha de identidades nacionales no de clases o de individuos. Ante este fenómeno los Estados Unidos —y su prensa— han reaccionado con particular insensibilidad. El ejemplo mayor fue Cuba.

En pleno macartismo, durante los *gay fifties*, nadie recordaba las llagas psicológicas de los cubanos: los *marines* rompiendo huelgas a plena luz del día; los negocios azucareros de los mismísimos funcionarios de Washington pugnando por una "juiciosa política colonial" e interviniendo abiertamente en la política interna; la presencia machacante del norteamericano que usaba a Cuba como ahora usa a las Vegas. Para cualquier turista medianamente atento, el agravio era visible y explotaría tarde o temprano. ¿Qué diario lo registró? Uno de los mayores escritores cubanos, Enrique José Varona pronunció una frase terrible y profética: "el odio hacia el norteamericano será la religión de los cubanos", pero el *New York Times* tenía noticias más importantes que vocar: quizá un desencarillamiento en Arequipa o el nacimiento de quintuples en Caracas. Y así fue como leyendo el continuo pero miope reportaje de los árboles de cada

da, la opinión pública norteamericana careció de ojos para ver el bosque de la historia.

No faltaron periodistas aislados que entendieron a tiempo el fenómeno del nacionalismo militante en América Latina. "Nada indignaría más a los latinoamericanos — escribió uno de ellos en los años veinte — y nada sería más peligroso para la seguridad norteamericana" que,

Latinoamérica creyera que los Estados Unidos han adoptado, a la manera de Metetrnich, una política destinada a consolidar intereses creados que atentan contra el progreso social de esos países, tal y como ellos lo entienden...

y añadía, más proféticamente:

Eso que los ignorantes llaman bolchevismo en estos países no es en esencia más que nacionalismo... y es una fiebre mundial.⁶

Porque entienda estos hechos, Walter Lippmann pudo aconsejar debidamente a su amigo Dwight Morrow, (nuevo embajador norteamericano en México hacia 1927) que cambiase la desafiante e ineficaz actitud de su antecesor Sheffield. Morrow y Lippmann jugaron un papel central en el arreglo de la Guerra Cristera y el problema financiero de México. Es claro que en algunas partes de Centroamérica, lo que los ignorantes actuales llaman bolchevismo sí es bolchevismo, pero salvo en los casos más radicales no deja de haber una fuerte componente nacionalista. Se necesita un nuevo Walter Lippmann para apreciar que en el fondo de los problemas políticos centroamericanos puede haber también un elemento de dignidad herida, y para discurrir — sin renunciar a valores universales como la democracia o la justicia — soluciones creativas a los viejos agravios nacionales.

Y más que Lippmann: Tocqueville

Me doy cuenta que estoy pidiendo una prensa intelectual, una prensa que no se contente con informar del hecho escueto sino que lo inserte en estructuras explicativas más amplias. Entiendo que cambiarla no será fácil. El etnocentrismo, la falta de interés profundo en América Latina, la diaria competencia de corresponsales y "stringers" (corresponsales a destajo) por el espacio periodístico, y el criterio predominantemente mercantil, entre otros factores, seguirán manteniendo a México en un lugar secundario. Para todos los efectos prácticos, a pesar de nuestros frecuentes *hard pieces* de deuda, petróleo y corrupción, los lectores norteamericanos pensarán del Río Grande lo que los antiguos franceses de los Pirineos: "más allá comienza África".

Pero es el caso que al sur del *Río Bravo* está ocurriendo un reacomodo de fuerzas históricas que afecta ya de modo directo la vida en Estados Unidos, un reacomodo para el cual los norteamericanos carecen de teorías. El moralismo positivo o negativo, los golpes de pecho o los golpes de Estado, sólo contribuyen a la incompreensión. Los Estados Unidos necesitan un Tocqueville que descubra lo que en verdad hay más allá de los Pirineos y literalmente repita la experiencia intelectual de *La democracia en América*, aplicada ahora a los países de cultura iberoamericana.

Por desgracia, no sólo la prensa en Norteamérica sino toda la tradición intelectual anglosajona ha descuidado — y desdeñado — la cultura ibérica e iberoamericana. Edmund Wilson aprendió hebreo para leer los rollos del Mar Muerto, pero nunca se le ocurrió aprender español, un lenguaje

que seguramente equiparaba al maya. En su *Anatomy of Criticism* Northrop Frye —apunta Octavio Paz— privilegia a la literatura anglosajona sobre la francesa, alemana e italiana pero casi ignora a la ibérica: para él no existió el Siglo de Oro Español. Así se podrían citar mil ejemplos de esta tremenda omisión etnocentrista: desde los diccionarios de citas que no mencionan a Cervantes hasta las más elaboradas antologías que desconocen la literatura, el arte y el pensamiento del tronco ibérico.

Este bloqueo mental se completa con el funcionalismo en los programas universitarios. Richard Morse, uno de los pocos norteamericanos que en verdad conoce las entrañas de iberoamérica, escribió en fecha reciente:

Si uno examina la "oferta" académica en las universidades de mayor prestigio en Norteamérica, resalta de inmediato la distorsión: se estudia el poder no el contexto, se favorece lo que es reductivo, instrumental y sistémico sobre lo matizado y lo culturalmente significativo: carreras de programadores o manipuladores... En la medida en que los jóvenes se especializan en los arcanos del control, se alejan más de la condición humana.⁷

Lo curioso es que las limitaciones epistemológicas del funcionalismo se parecen mucho a las del temible enemigo: el marxismo. Ambos subrayan el poder. Para un funcionalista o para un marxista el contexto cultural no importa: si Nigeria tiene petróleo, deuda, corrupción —y lucha de clases— ¿en qué se distingue de México?

Quizá son demasiados los factores adversos y esperar una prensa sensible, comprensiva e inteligente sea mucho esperar. Pero los reacomodos históricos seguirán ocurriendo y una prensa responsable no podrá contentarse con tomarles el pulso diario. Las situaciones inventarán a los pensadores-periodistas, y quizá mañana una "cover story" contenga algo más que la efímera relación de hechos. Un texto toquevilliano en el que dos culturas se encuentren, se complementen, se reconozcan: una revelación.

3 de Junio 1984

Notas

¹ Laichas, Thomas M.: "Mexico in the U.S. press: A quantitative study, 1972-1978", en *Statistical Abstract of Latin America* (Los Angeles, CA). Vol. 20, 1980. Capítulo 36, pp. 582-594.

² Stevens, David Weld: "In the grip of the Mexican madness", en *Fortune*, Vol. 106, No. 9 (nov. 1, 1982) pp. 131-138. Labich, Kenneth: "The so-far so-good Mexican recovery", en *Fortune*, Enero 9, 1984, p. 97. Gall, Norman: "Mexico: The crisis that won't go away: Can Mexico pull through?", en *Forbes*, agosto 15, 1983, p. 70. "Troubled neighbours", en *The Economist*, agosto 20, 1983, p. 11-12.

³ Entre otros: Falcoff, Mark: "The trouble with Contadors", en *Wall Street Journal*, 21 de marzo de 1984. Hood Vaughn, Jack: "Cuba, Mexico, who's cooping whom", en *Wall Street Journal*, 10 de junio de 1983. La cara amable: Cornelius, Wayne and Craig Ann L.: "Rightward Tilt is Mexico's menace", *Los Angeles Times*, 28 de agosto, 1983. Farer, Tom J. and Cheryl Eschbach: "A rightist Mexico?", en *New York Times*, diciembre 5, 1982, p. 21.

⁴ Por ejemplo, Sanderson, Steven E.: "Political tensions in the Mexican party system", en *Current History*, diciembre 1983, p. 400. Cline, William R.: "Mexico's crisis, the world's peril", en *Foreign Policy*, enero 1983, p. 107.

⁵ *Wall Street Journal*, "Story of the week", 3 de septiembre de 1982.

⁶ Rout Lawrence and Bennett Amanda: "US-Mexico ties grow more tense", en *Wall Street Journal*, 16 de mayo de 1983.

⁷ Daniel Cosío Villegas: "Estados Unidos falla en Cuba" en *Ensayos y Notas*, Volámen II, Editorial Hermes, 1966.

⁸ Ronald Steel: *Walter Lippmann and the American Century*, Atlantic Little Brown, 1980, p. 238

⁹ Richard M. Morse: "Notes towards Ideology in Latin America", *Joint Center for Latin American Studies*, Stanford, Berkeley, 1984.